

PÁGINAS ILUSTRADAS

Fundador-Propietario:
Próspero Calderón

REVISTA SEMANAL

Editor:
Francisco Calderón

LITERATURA, ARTES, CIENCIAS, VARIEDADES

ADVERTENCIAS

Yo no he llegado á tu casa
 Por un mendrugo de amor,
 Pues mendigar un favor
 Es indigno de mi raza.
 Lo que contigo me pasa
 Es cosa muy diferente:
Juré amarte eternamente,
 Y cumpliré el juramento
 ¡ No soy veleta que el viento
 Agita constantemente !

*
*
*

Una limosna de amor
 Mendigan los pordioseros,
 Los harapientos solteros
 Que no entienden de pudor;
 ¡ Pero los hombres de honor,
 Los fuertes, los valerosos,
 No serán menesterosos
 Del amor de una mujer,
 Porque la voz del deber
 Les dicta ser orgullosos !

*
*
*

Yo no quiero — te repito —
 Que de limosna me quieras
 ¡ Compárame con las fieras,
 Mas nunca con el mosquito:
 Porque si quedo contrito

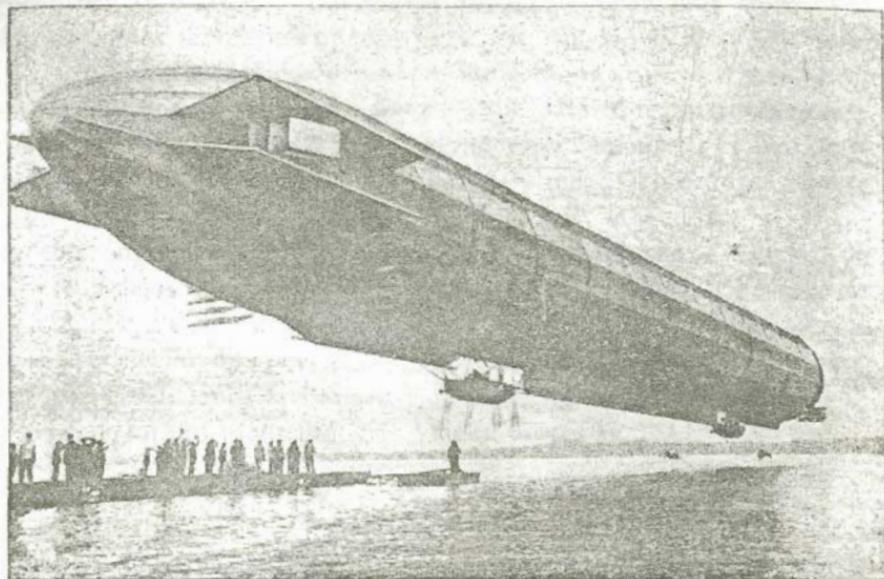
Y la vida me exaspera,
 Preciso será que muera
 Con indomable valor,
 Como muere el cazador
 Debajo de la pantera !

*
*
*

No me humillo; muy bien lo sabes
 Que odio la esclava cadena
 Con el rencor de la hiena
 Y dignidad de las aves.
 En la mente no me grabes
 Si indigno soy de tu aprecio,
 Porque prefiero el desprecio
 Á un amor que no he inspirado:
 ¡ Antes quiero ser odiado,
 Que ser querido por necio !

*
*
*

La parte es menor que el todo,
 Y yo desprecio la parte:
 ¡ No mendigo ! ¡ Vengo á amarte
 Conforme y según mi modo !
 Quiero tu amor ¡ pero todo !
 O tu odio, de igual manera;
 Dadme una cosa cualquiera
 Tal como yo la apetezco:
 ¡ O tu odio, si lo merezco;
 Tu amor, si lo mereciera !



RETOZAR CON LOS VIENTOS

Indudablemente, la navegación aérea ha hecho grandes progresos. Los estudios científicos relacionados con esta nueva actividad del hombre, se han limitado, es cierto, á los problemas mecánicos que hay que resolver de imperiosa necesidad; pero las hazañas practicadas; la universalidad de la aviación; la persistencia con que científicos, inventores y aviadores han continuado sus trabajos; el interés sincero del público en Europa, en América, en el Oriente, demuestran á las vivas que el arte de la aviación llegará en no lejana época á gozar del mismo grado de perfeccionamiento que otras actividades de la misma

índole gozan hoy, tras arduas tareas, tras la evolución natural y la influencia del tiempo.

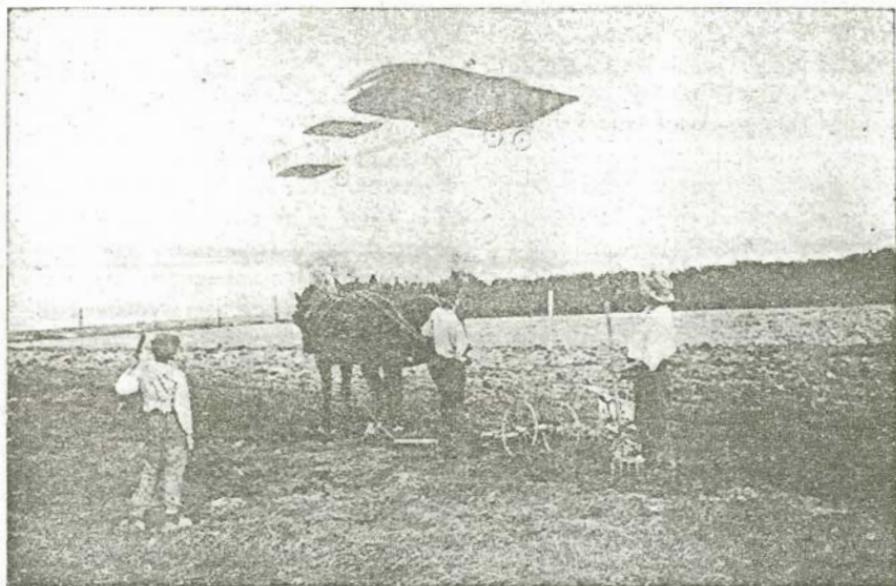
Numerosos accidentes ocurren en las frecuentes ascensiones que hoy se hacen. Muchos son inevitables, otros son debidos á causas repentinas é inesperadas, y no pocos á la audacia, rayana en osadía, de los aviadores.

A este respecto las manifestaciones recientes del Capitán Baldwin, veterano, puede decirse, en el campo de la aviación, son de sentido práctico, lógicas é instructivas. Expone Mr. Baldwin que los más hábiles hoy son, en el aire, meros principiantes. «Hay en la atmós-

fera»—dice—«precipicios, hondonadas, remolinos, corrientes opuestas, que asombran al aviador y con fuerza vertiginosa le empujan, le elevan, le hunden, le hacen girar y agitarse locamente. Condiciones son estas que exigen gran destreza, rapidez y pronta manipulación, sin las cuales el desastre es cosa segura. Un novicio llega á adquirir confianza por haber hecho difíciles ascensiones bajo condiciones favorables, y de repente, en un momento crítico se topa con fuerzas no cono-

cidas que echan por tierra sus cálculos, sus proyectos y quizás el mismo aeroplano».

Ya el público sensato y la prensa comienzan á aconsejar mayor prudencia y menos empeño en ofrecer espectáculos emocionantes. Mientras más se adelante en materias de aviación, más orden habrá en las ascensiones, más sistema, menos jactancia de proezas en elementos desconocidos aún, y mejores resultados prácticos.



“La Costarricense” - Fábrica de Sellos de Caucho

La única premiada
... en este país ...

Dirigir las órdenes á su propietario y fundador
TEÓFILO SIBAJA G. - Alajuela, Costa Rica

EN LA CARRETERA

El automóvil corre á una velocidad endiablada. El bosque ha quedado atrás; ahora es una llanura desnuda, desierta. Ni un árbol, ni un techo. A la derecha de la carretera un foso profundo; á la izquierda, de distancia en distancia, simétricos montones de cascajo. Son las seis. El sol declina.

Es el Dr. Tornery quien se haya en el volante; masa poderosa, cuadrada, bajo el traje de pelo leonado. Todos sus músculos están distendidos en un prodigioso esfuerzo de atención. Detrás de los anteojos que cubren el rostro se adivina la mirada intensa. El torso se inclina; las manos enguantadas, enormes, estrechan el círculo de madera; las piernas, como recogidas, están listas para accionar sobre los pedales si cualquier obstáculo surgiese al frente.

Junto á él se encuentra Amadeo Grivel, su amigo. Por el contrario, es delgado, tanto que con una mano se aferra al respaldo del asiento, en el temor de que una sacudida lo haga rodar en plena alfalfa. Sus anteojos, menos grandes que los de su compañero, dejan ver la finura extrema y la distinción de su rostro.

De tiempo en tiempo Grivel se vuelve. En el fondo del carruaje está encogida Genoveva de Tornery, cubierta de pieles y con la cabeza envuelta en velos.

La mirada de los amantes puede alcanzar lo inalcanzable. En el viento, en la tempestad de la carrera, cada una de las miradas de Genoveva y de Grivel son una confesión de adoración. Pero lo que no ven, ó que no piensan, es que el médico los espía. Allá arriba, algunas nubes, iluminadas por el sol poniente, se tiñen de un rosa delicado. El cielo toma irizaciones de ópalo. Y á pesar de los reso-

plidos del monstruo lanzado á la carrera, la tranquilidad infinita que desciende á la llanura se apodera de Grivel hasta tal punto, que el hombre se vuelve, una vez más, para recabar de Genoveva el testimonio de la impresionante belleza del espectáculo que se les ofrece.

Rápidamente, después de una mirada al marido encorvado sobre el volante, Genoveva saca de entre sus pieles una manecita desnuda que lleva á sus labios, y envía á su amante un beso apasionado.

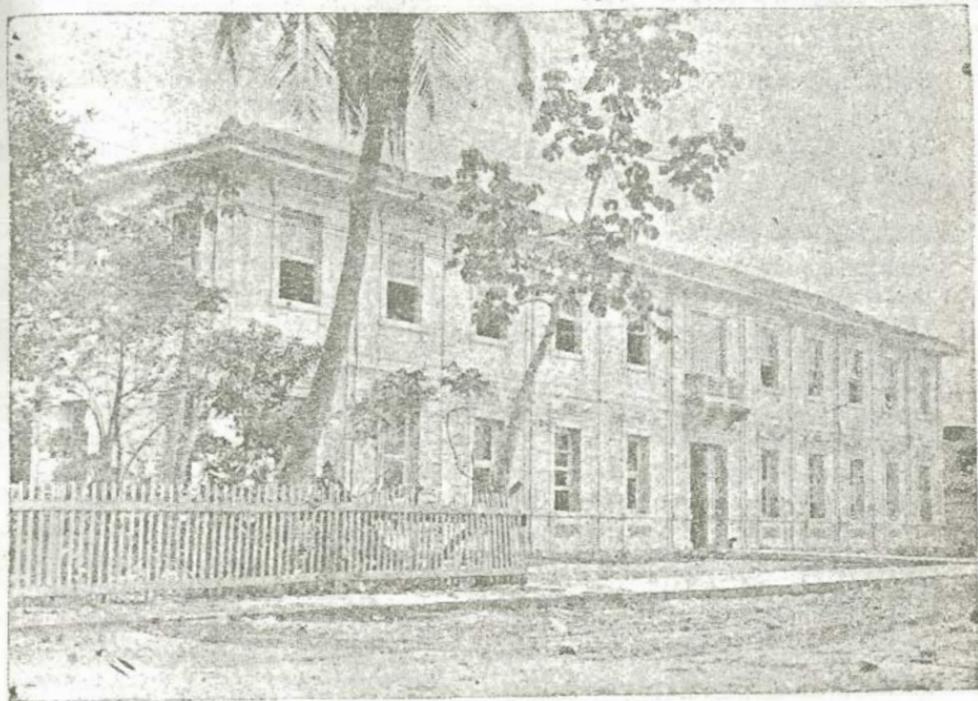
Pero en el relámpago que ha durado su gesto, Tornery se ha vuelto también. De su pecho surge de pronto una imprecación furiosa. Pronuncia una baja injuria, sus dos manos imprimen al volante un inexplicable movimiento de rotación, y el coche, dando ña cabriola terrible, salta al foso, desmorona la tierra y por fin cae.

Dos gritos de terror y el ruido espantoso de cosas que se rompen.

Del informe amontonamiento se destaca una sombra. El hombre es pequeño, rechoncho; una espesa barba negra rodea su rostro chato. Sus anteojos de chauffeur cuelgan todavía, sostenidos en una oreja. Se afirma sobre sus cortas pienes, se toca, y luego arroja lejos de sí su vestido de pieles. Dice:

—Parece que hoy no debía reventárseme ningún neumático.

Después, con una agilidad que su corpulencia no habría permitido adivinar, se arrodilla y contempla los destrozos de la máquina. El peso enorme de ésta aplasta á un hombre, sobre el cual ha volcado; el pecho está destrozado; un pie no se mantiene unido á la pierna más que por un delgado trozo de carne. Solamente ha quedado intacta la cabeza, pero tiene ya



PUNTARENAS—EDIFICIO DE LAS ESCUELAS GRADUADAS

una palidez de cirio; Grivel ha debido morir inmediatamente después del golpe.

Por la cara pesada de Tornery pasa la mueca atroz y silenciosa de una sonrisa. Pero se levanta. Genoveva no está ahí. ¿Dónde se encuentra?

A algunos metros, en el prado, está extendido un cuerpo. El médico se precipita. El rostro de Genoveva se halla cubierto de sangre; pero la mujer no está más que desvanecida; respira.

Tornery sabe su oficio; palpa, ausculta; su esposa no está muy gravemente herida. En tres zancadas llega hasta el carruaje, acostado allí cerca; trepa á él y busca en el cofre deshecho. Su peso, agregado al peso de la máquina, debe triturar más

aún el cadáver de Grivel, tomado debajo de esa masa.

Tornery ha encontrado lo que buscaba. Agarra su estuche de cirugía, su botiquín y unos cojines del auto. De nuevo junto á Genoveva, enjuga la sangre que brota de las heridas. La joven ha debido ser proyectada contra una piedra cortante: un carrillo está abierto en una considerable extensión.

Entretanto Genoveva ha abierto los ojos. Así que ve á su marido, su rostro muestra terror y disgusto. Querría hablar, rechazar á ese hombre; pero no tiene fuerzas para ello. Él, atento, toma á su mujer entre sus brazos de atleta y la acuesta dulcemente, deslizándose bajo sí

cabeza el cojín acolchado. Luego le dice:

—Esto es nada. Tres puntos de sutura. Tengo lo necesario.

Sin embargo, poco á poco Geneveva sale de la postración que le paraliza: puede levantar un brazo, é interroga anhelante al Doctor:

—¿Y él?

Entonces por los ojos de Tornery pasa un resplandor de crueldad y de alegría, y con voz ronca responde:

—¿Tu amante? Ha muerto.

—¿Mientes!

—¿Que miento? Desde aquí puedes verlo. Está aprisionado debajo del carruaje... desmenuzado como un vidrio.

Geneveva ha visto. Lanza un rugido, se incorpora y cae de nuevo. Luego grita:

—¡Oh, vete, vete en seguida!... ¡Qué horror! ¡Sácalo! ¡No es posible que dejes ahí á ese desgraciado!

—Nada apura... puede esperar.

—¡Eres un asesino! ¡Tú lo has muerto!

—Quería matarte á ti también, y matarme contigo. Sólo él ha pasado á mejor vida... ¡Es justicia!

—¡Entonces máteme!

—Demasiado tarde. He reflexionado.

Geneveva ha logrado ponerse de rodillas. Pero esta vez Tornery la echa brutalmente sobre el cojín. La mantiene quieta sujetándola por los hombros, y ordena:

—No has de moverte más. Te haré el menor mal posible.

—¿Qué vas á hacerme?—grita Geneveva, que se debate.—Te prohibo que me toques.

—¡Vamos, pues!—exclama Tornery arrodillado en la hierba.—Me odiarías toda tu vida si te dejase desfigurada. Tienes una mejilla abierta; voy á cerrarla.

El odio hace que Geneveva se levante.

—¡Nadal! ¿entiendes? ¡nadal! ¡No me toques!—Y más bajo, para sí, murmura:

—¡Quisiera morir!

El marido se chancea tranquilamente:

—¡Morir!... ¡Estás lejos de eso! Si me dejas hacer, la cicatriz apenas se verá. Pero es necesario que me despache. El día declina; dentro de un instante, no habrá luz. Vuelve la cabeza... ¡Eh! ¡Deja, pues, mi brazo, por Dios!... Voy á herirte!

Geneveva siente que á su corazón sube una oleada de odio y rabia, y dice:

—¿Quiéres curarme?... Yo quiero que me mates... como á él. Escucha: ¡te aborrezco! ¡Siempre me has causado horror! Sólo á él adoro... á él, ¿lo entiendes? No amo más que á él... no amaré más que á él... A ti... ¡te odio!... ¡te odio!... Y ahora espero que me matarás.

Tornery sacude su poderosa cabeza y dice:

—¡Eh! ¡No soy tan bestial! Tú no eres más que una infeliz... Pero ¡injustamente!... A una infeliz como tú no se le da muerte... Se le arregla para que permanezca siendo bella.

—¡Bella!—¿Y para quién? Mi amante ya no puede verme, ni amarme—balbuceó Geneveva.

Pero el médico se ha inclinado sobre su mujer, y su mirada brutal escruta los ojos apagados de la desgraciada.

—¿Para quién? ¿Que para quién quiero que estés bella? ¡Para mí, hija mía! Te conservo conmigo; es mi derecho y hago uso de él.

¡Ah! esta vez Geneveva ha podido incorporarse y rechaza al monstruo. Sus manos le atenazan y le escupe al rostro la sangre que le llena la boca. Tornery se encoge de hombros y se limpia tranquilamente. Ya que Geneveva no quiere ser razonable, va á emplear los grandes medios. Empapa de cloroformo un trapo, domina á su mujer con puños de hierro, y, fríamente, la duerme.

Bajo el gran cielo donde muere el día, meticulosamente, con manos prudentes y ligeras, el médico aproxima los labios de la horrible herida y practica la sutura. Ya está: ¡qué hermosa obra!

Geneveva continuó dormida. A despecho de la trágica cura, lo que de su carita extenuada puede verse todavía, es delicioso y tierno. Entonces Tornyery se sienta junto a ella y la contempla huraño.

Ha llegado la noche. Geneveva se despierta al fin. Tarda en recobrar sus sentidos; mas tan pronto como le vuelve la memoria de lo que ha pasado, su primer movimiento es llevarse las manos á la cabeza para arrancarse los vendajes.

Pero, ¿á qué se debe que de pronto se detenga? ...

Cerca de ella apercibe una masa negra, encogida, inmóvil, y ha oído el rumor ahogado de un sollozo

PIERRE VALDAGNE.

RASGOS HISTÓRICOS

DE NUEVA YORK

El día 4 de julio se celebró el primer centenario del edificio municipal de la ciudad de Nueva York, y los cronistas traen á la mente rasgos de aquella etapa de 1811, cuando los administradores de los asuntos públicos de la localidad hicieron construir tan magnífica estructura.

La población era entonces de cien mil habitantes, la quincuagésima parte de la población actual. El presupuesto Municipal ascendía á \$ 204,345, á razón de \$ 2 per capi-

ta; hoy monta á \$ 163.128,270, ó sea una proporción de \$ 26 per capita.

Era alcalde de la ciudad De Witt Clinton, senador en la legislatura del Estado de Nueva York, hombre público de general estima, candidato á la presidencia de la República, que murió en febrero de 1828.

Había en la ciudad un teatro, llamado Park Theatre, no lejos del Palacio Municipal, construido por un reputado arquitecto francés que buscó en estas playas refugio cuando la revolución de su país tronaba y asustaba. Tenía el teatro cabida para 1,200 personas.

Aunque la práctica de los deportes no se había generalizado grandemente, habían regatas y otras diversiones de índole parecida.

También se invitaba al público en aquellos días á presenciar exhibiciones de obras artísticas, pinturas originales y otros trabajos de autores nacionales y extranjeros.

Aún existen dos diarios de aquella época, *The Commercial Advertiser*, fundado en 1797, y *The Evening Post*, fundado en 1807, asegurándose que ningún periódico tenía una circulación mayor de 900 ejemplares. Digno es de observarse el contraste: hoy en día la circulación de los diarios y revistas de la ciudad de Nueva York, como término medio diario, es de 9.985,400 ejemplares.

IRONÍAS DE LAS ESTADÍSTICAS

Las estadísticas son una cosa verdaderamente admirable. Para saber, por ejemplo, cuántos «beefsteaks» puede haber consumido una persona durante un año, se divide el número de bueyes sacrificados entre el número de habitantes, á razón de 365 días, cuando el año no es bisiesto, y el cociente causará mucha alegría y satisfacción en aquellas «altas esferas» que se ocupan y preocupan de la alimentación del pueblo, al saber que un sólo individuo se ha comido media docena de bueyes en el transcurso de tiempo que media entre el 1.º de Enero y el día de San Silvestre, Papa. Hay que advertir que en ese número quedan comprendidos los fallecidos durante el año, los niños de teta, los vegetarianos y los pobres infelices que se «muerden los puños» durante esos doce meses.

La misma operación debe hacerse en lo tocante á los corderos, borregos, cerdos, gallinas, conejos, etc. Y cuando el cálculo da una cifra enorme, hay motivos para quedar estupefacto al ver todavía por las calles gentes que pesan menos de 150 ó 200 kilos.

Son una cosa admirable los «términos medios» aritméticos.

Un humorista alemán—en España lo llamarían un «guasón»—aca-

ba de publicar una estadística muy graciosa, que podría denominarse la estadística de la limpieza. Trata nada menos que del consumo del jabón en las naciones de Europa. Los ingleses consumen, según esa estadística, 21 libras por individuo



y por año; los franceses se contentan con 15; los alemanes, los «têtes carrées», dirán los partidarios de la «revanche», son menos curiosos que los franceses, pues sólo consumen 10 libras. Después figuran en la estadística los suecos, los dinamarqueses, los belgas, los suizos, y en pe-

núltimo lugar, los españoles. Nosotros tenemos, según el calculista alemán, poca curiosidad, por correspondernos cuatro libras de jabón por habitante. Nos consuela el hecho de que los italianos sólo consumen anualmente á razón de dos libras y tres cuartos por individuo. Y lo más gracioso del caso es que



los rusos, ese imperio de elefantes, leopardos, rinocerontes y demás seres monstruosos—dicho sea en el sentido del volumen—está constituido por sujetos «minúsculos» que sólo necesitan al año una ridícula pastilla de jabón de una libra.

¡ Y les llamamos eslavos !

¡ Oh ! ¡ Qué ironía ! . . .

Por otra parte, no hay que creer, con arreglo á esa estadística, que cualquier inglés, francés ó español á quien encontramos en la calle el 31 de Diciembre puede asentar en su «balance» el gasto respectivo de 21, 15 ó 4 libras de jabón. Se trata de un término medio semejante al que hace consumir á mi amigo Seijas 4 libras de alcohol—¡pobre amigo, que predica y practica la sobriedad en todo, especialmente en el beber!—asignando la misma cantidad, es decir, el mismo alcohol á otros individuos que todo el mundo conoce por ser ardientes discípulos de Baco.

Si se quiere demostrar que todos los ingleses, franceses y españoles no emplean tanto jabón para el aseo personal, bastará recordar el hálito infestado de los teatros y otros sitios públicos de Londres, el olor repulsivo del Metropolitano en la ciudad del Sena y el no menos agradable que se aspira en ciertos sitios de Madrid cuando se congregan unas cuantas personas.

Yo creo que hay muchas personas que se lavan como los gatos. Y creo también que para una infinidad de individuos es el jabón una cosa inútil, absurda. Pertenecen á la escuela de Puján.

Puján es un librero de lance y el hombre más sucio del mundo. Un día le dije «amistosamente»: «Amigo Puján, se conoce que no se ha

lavado usted la cara después de limpiar la chimenea. ¿No corre el agua? . . . »

Entonces, Puján, que es un gran polemista y pronuncia de tarde en tarde verdaderas sentencias, contestó con una dignidad olímpica:

—Amigo mío, la grasa y la suciedad son para la piel lo que el barniz ó la pintura para la madera: la conservan.

Puján es tradicionalista. Exceptuando á algunos antepasados nuestros que eran muy limpios y curiosos, no nos hemos distinguido nunca por nuestro amor á la toilette. Hasta se habla de un rey que tomó un sólo baño en su vida, y eso por prescripción del médico.

Pero no hay que perder la esperanza. Acaso lleguemos con el tiempo á ser más curiosos que los ingleses. Voy á convertirme desde hoy en un apóstol de la jabonería. Aspiro á que un día, como adalid del asco personal, me levanten una estatua, aunque sea de jabón.

J. FORNOVI.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DE LAS ESCUELAS SUECAS

1.º—El aire fresco día y noche, condición necesaria á la salud, es el mejor preservativo contra la enfermedad de los pulmones.

2.º—El movimiento y la vida. Hacer todos los días ejercicios al aire libre, tra-

bajando y paseando; este es el mejor contrapeso del trabajo ordinario.

3.º—Comer y beber moderadamente; aquel que prefiere al alcohol el agua, la leche y las frutas, refuerza su salud y aumenta su capacidad para el trabajo y la felicidad.

4.º—Los cuidados inteligentes de la piel. Endurézcase contra el frío mediante lavados con agua helada, diariamente, tomando una vez por semana un baño caliente. Así se puede conservar la salud y preservarse de los enfriamientos.

5.º—Los vestidos no deben ser demasiado cálidos ni demasiado ajustados.

6.º—La habitación debe ser expuesta al sol, seca, espaciosa, limpia, clara, agradable y confortable.

7.º—Limpieza rigurosa en todas estas cosas: el aire, el agua, la alimentación, el pan, los vestidos, la casa; todo debe ser limpio. La moral también es el mejor preservativo contra el cólera, el tífus y todas las enfermedades contagiosas.

8.º—El trabajo regular é intenso es el mejor preservativo contra las enfermedades del cuerpo y del espíritu; esto es el consuelo en la desgracia y la felicidad de la vida.

9.º—El hombre no halla el reposo y la distracción después del trabajo en las fiestas ruidosas. Las noches se han hecho para dormir. Las horas de descanso y las fiestas deben reservarse para la familia y las satisfacciones espirituales.

10.—La primera condición de una buena salud es una vida fundada por el trabajo, ennoblecida por buenas acciones y sanas alegrías. El deseo de ser un buen miembro de familia, un buen trabajador en su esfera, un buen ciudadano en la patria, presta á la vida un valor inestimable.

Trabajos de Imprenta de todas clases ejecuta la Imprenta del Comercio.

NOSTALGIA

Hace ya diez años
que recorro el mundo.
¡ He vivido poco !
¡ Me he cansado mucho !

Quien vive de prisa no vive de veras:
quien no echa raíces no puede dar frutos.

Ser río que corre, ser nube que pasa,
sin dejar recuerdo ni rastro ninguno,
es triste; y más triste para quien se siente
nube en lo elevado, río en lo profundo.

Quisiera ser árbol mejor que ser ave,
quisiera ser leño mejor que ser humo;
y al viaje que cansa
prefiero el terruño:
la ciudad nativa con sus campanarios,
arcaicos balcones, portales vestutos
y calles estrechas como si las casas
tampoco quisieran separarse mucho

Estoy en la orilla
de un sendero abrupto.
Miro la serpiente de la carretera
que en cada montaña da vueltas á un nudo;
y, entonces, comprendo que el camino es largo,
que el terreno es brusco,
que la cuesta es ardua,
que el paisaje es mustio

¡ Señor ! ya me canso de viajar, ya siento
nostalgia, ya ansío descansar muy junto
de los míos Todos rodearán mi asiento
para que les diga mis penas y triunfos;
y yo, á la manera del que recorriera
un álbum de cromos, contaré con gusto
las mil y una noches de mis aventuras
y acabaré en esta frase de infortunio:
— ¡ He vivido poco !
¡ Me he cansado mucho !

UN BESO Y NADA MAS

Para Simón Irujas, un decepcionado vencedor
que apura copas y habla de política.

(Apuntes para el futuro historiador
de mi vida y milagros).

I

A ver si con esta oración

—Satán, Señor, dueño del mundo entero,
dios de astucias, maldad é iniquidades,
rey que acecha tranquilo las bondades
de las almas para tornarlas cero:

Aquí yo estoy implorando muy sincero
tu gran poder porque ella sea mía, Señor.
Me enloquece una chica que mi amor
no mira bien, Satán, pero la quiero !

Dádmela ya, preciso es que su boca,
roja flor de dos pétalos sedosos,
el fuego de mis labios ardorosos
sufra, y que en ella deje mi ansia loca.

Tiene unos brazos, ha! que á San Antonio
del cielo harfan bajar, y unas pupilas
que incendian, que electrizan muy tranquilas
así á un santo como á cualquier demonio.

Dádmela ya, pues estaré intranquilo
hasta que ella sea mía, mi gran Señor.
Tú que lo puedes todo, dadme su amor,
ó por mi alma

A ver si con esta oración, aunque de duros versos unos, y mal confeccionados otros, con suspensivos y todo — que no se en dónde la aprendí, ni de qué vieja bruja la oí — mi muy acreditado Lucifer ablanda el corazón de mi adorable vecinita.

Elida Camargo es una muchacha que me ha hecho perder las chavetas desde que la vi. Entre todas las flores que perfuman cerca de mi casa, esa es la más lozana, la más fresca, la más atractiva y la que más trabajo cuesta para acercarse á ella. Querer troncharla de un sólo tajo, sin dejar antes girones de carne — de carne del alma — en sus espinas — porque es rosa esa flor — es una presunción que no tiene perdón de Dios. Yo que la comprendo ya, me voy á tientas, con cuidado, tijeras en mano recortando las perversas púas y arrojándolas con desdén á un lado del

Cualquiera que viera á Elida asomar sus hermosas pupilas negras por sobre la tapia de su casa, hasta el humilde apartamento que ocupó en la mía, y mirarme de reojo, tendría suficiente para decirme:

—Chico, te quiere

¡Pero cuán equivocado estaría ese quidam! Mi vecinita tiene una perversidad coqueta, atrayente: ella me mira, me remira, me vuelve á mirar y deja pasear por sus rojos labios — labios finos apenas abiertos — una sonrisa irónica, maliciosamente atractiva, desdeñosa y nada más!

Ella se sabe muy bien que es hermosa; que tiene un modito de caderas — caderas mías soñadas! — que es para volverse loco; que su andar es menudito, breve; que se le adivinan bajo el velo de su ropaje, unas rosas blancas, dormidas, quietas, esperando besos, y también se sabe que tiene un alma envolvente y espíritu dominador; que es libre, que es audaz, que es coqueta.

Y sabe que soy capaz de cualquier calaverada á fin de alcanzar su amor, y que no permitiéndome *ciertas confianzas*, me tendrá sujeto á ella, pendiente de sus miradas, satisfactor de sus caprichos, rendido á sus pies; porque á decir verdad, yo adoro externamente á mi vecina y con ella me sueño: ¡qué sueños! que veo difícil de realizar!

La he hablado de mi amor; la he suplicado; la he dicho que la odio — porque cuentan que á la mujer que la dicen que se la odia, quiere — y no he podido conseguir nada, nada! Yo, que he tenido Hortensias, Lurlines, Gays, bonitas, feas, jóvenes, viejas, morenas, rubias y blancas, héme aquí, no precisamente despreciado, sino no querido por una mariposa que es capaz de dejar un girón de gracia, de ensueño, en la vera del camino, sin darse cuenta ni importarle un ápice.

De cómo vine á hacer historia con ella, tiene gracia.

Mi vecina tiene muchas pequeñas hermanas, unos pimpollos preciosos, que prometen mucha belleza pero no igual genio, — serán más mansas, más condescendientes, — y saben que estoy *chirlo* por Elida, y al verme tienen la maliciosa costumbre de avisarle para que la chica entre en las tiranías que me ponen el alma á dar vueltas.

Pues bien, una tarde al ir á casa encontré las cuatro hermanitas — Lulú, Blanca, la preferida de Elida, Cecilia y María — en la esquina de la de ellas, que con sus ocho ojazos negros y despiertos parecían quererme carbonizar á la vez que dulcificaban el fuego con la coquetería de sus sonrisas. Al verme objeto de vista y risa por unas pequeñas, les inquirí:

—Já, já, já todas respondieron.

—Gracias, gracias.

Y seguí mi camino. Luego tuve que volver á mis callejerías, y como Elida me había visto desde el patio con intenciones de salir, fueme á esperar en una de las ventanas que con rejas de hierro — parece esto cosa de novelón antiguo — sobresalen hacia la calle.

—Issssssss

—A los pies de usted, señorita.

—Mire, haga el favor de no tomar en serio lo de las chicas, son unas niñas muy impertinentes, muy malcriadas.

—A qué se refiere usted, señorita ?

—Dicen que usted les llamó la atención porque reían.

—Simplemente les pregunté por qué reían.

—Bien, excuse. Siento haberle molestado.

—No hay tal, al contrario, señorita. He tenido el placer de oír su voz, de beber su aliento. Soy un admirador de sus gracias, y me ofrezco á su servicio.

—Gracias. Elida Camargo, servidora.

Desde esa vez yo acecho con más puntualidad á la que el Gran Visir tuviera á honra contar entre sus favoritas, y valido de que fué ella quien primero buscó la ocasión de conocernos — hay que convenir que ella lo hizo con marcado fin de coquetería burlona, de atraerme más, de mostrarme de cerca la pareja perlería de sus dientes — siempre que al pasar la encuentro al pie de la ventana, la trato simplemente de *Elida*, echando á un lado la urbanidad ó galantería de *señorita*.

Un día fui atrevido (y entonces fué cuando recé con todo fervor la oración).

En las noches anteriores había estado desarrollando un plan de ideas á fin de hacer modo de poder hablar á solas con mi deseada y en sitio adecuado á tentaciones, como yo me había prometido.—*Continuará.*

IMPRESA DEL COMERCIO
LA MÁS NUEVA DE COSTA RICA

Apartado 427 - 25 varas al Norte del Carmen - Teléfono 202